

II.

¿Qué debemos pensar del cristianismo de los deistas? ¿Es una ilusión? ¿Es una táctica? Es verdad que los reformadores del siglo XVI iban de buena fe, cuando pretendían volver al cristianismo primitivo, y en realidad mantuvieron los principios esenciales del cristianismo histórico, aún exagerándolos. Si la sinceridad de los reformadores es incontestable, ¿por qué acusan los ortodoxos á los deistas de destruir el cristianismo, bajo el pretexto de purificarlo volviéndolo á la ley natural? Porque los reformadores no dieron más que el primer paso fuera del cristianismo tradicional, al paso que los deistas dieron el último. El cristianismo protestante seguía siendo una religión sobrenatural, revelada, al paso que el cristianismo de los deistas es completamente natural. Hé aquí una transformación completa. ¿Debemos deducir de ahí que los deistas se llamaban cristianos á fin de destruir con más seguridad el cristianismo, aparentando defenderlo? Es imposible para el historiador escrutar el corazón del hombre; no sabemos si los deistas eran enemigos de Cristo, por más que celebren su santidad y se proclamen sus discípulos. Pero no tenemos el derecho de acusarles de hipocresía y de mentira. Desde el siglo XVII, el cristianismo ha ido transformándose incesantemente en el seno de las sectas protestantes. Hay hoy protestantes que podrían dar la mano á los filósofos, y sin embargo, se llaman cristianos. Esto debe inducirnos á no creer fácilmente las recriminaciones de los ortodoxos. Para ellos no hay cristianismo, ni religión, fuera de los límites estrechos de su ortodoxia; hé aquí por qué sospechan con tanta facilidad de los que abandonan su Iglesia aunque se llamen cristianos. Preciso es confesar que estos cristianos no ortodoxos pueden ser cristianos muy sinceros, pero que son cristianos de distinto modo que los ortodoxos. Es decir, que el deísmo no es ya el cristianismo tradicional. Asistamos á esta transformación; nos hará comprender la revolución más radical que se ha llevado á cabo en Francia en el siglo XVIII.

Cuando Tindal dice que el cristianismo se confunde con la ley natural, es evidente que no habla del cristianismo histórico. No

debemos suponerle, pues, la intención de confirmar la revelación, mostrando que es completamente conforme á la razón. Su doctrina destruye, por el contrario, la revelación milagrosa. Parte del principio de que siendo Dios un ser soberanamente perfecto, ha debido dar originariamente á los hombres una ley perfecta como él; que esta ley destinada á servirles de regla en el conocimiento y en la práctica de sus deberes, debía estar al alcance de todas las criaturas racionales, de modo que pudiese conducir á los más sencillos al fin que se propuso al dársela. Esta ley ó esta religión es universal, puesto que se dirige á todos los hombres; no ha variado jamás, puesto que emana de un ser inmutable; ha sido desde el principio lo que ha sido siempre; la revelación exterior que Jesucristo ha hecho de ella no ha cambiado nada.

Hé aquí, ciertamente, un nuevo concepto de la revelación. Los ortodoxos bien quieren admitir que el cristianismo está en armonía con la razón, pero pretenden que nos da á conocer verdades que la razón desconoce. Si se entiende la revelación en el sentido de Tindal, no se ve bien para que ha de haber venido Jesucristo; al ménos no hay razón para que sea Hijo de Dios; un legislador humano, un simple profeta podía muy bien hacer una promulgación nueva de aquella ley eterna que los judíos y los gentiles habían olvidado ó alterado. En efecto, ¿qué queda del cristianismo histórico en el cristianismo de Tindal? Verdades que los filósofos paganos habían descubierto por la sola luz de la razón humana: «Creo sin trabajo, dice, la existencia de un Dios, los cuidados de la providencia, la espiritualidad del alma, un juicio y otra vida, porque todas estas verdades están fundadas en la naturaleza de las cosas, y porque la razón les presta su asentimiento; ¿pero he de ir á creer en la Trinidad, la divinidad del Hijo coeterno con el Padre, la encarnación, la satisfacción y tantos otros misterios? No comprendo nada de esto. Se me dispensará que no lo crea; porque ¿dónde está el crimen de no creer lo que parece imposible? ¿Qué opinión se debería tener de Dios para persuadirse de que renunciando al sentido común, ú obstinándose en creer por terquedad lo que no se puede comprender, se está seguro de alcanzar su favor?» (1).

(1) TINDAL, *Christianity as old as the creation*, p. 45.— Véase la crítica del TOMO XII.

Una crítica se puede hacer de los deistas; se dirige á todos los que abandonan el cristianismo tradicional, y siguen llamándose cristianos, y es que su cristianismo es más ó ménos ficticio. En rigor, se comprende á los reformadores del siglo XVI; rechazaban las supersticiones católicas, pero conservaban los dogmas cristianos, tales como los concilios de los primeros siglos los habian formulado. Este era un punto fijo, una base sobre la cual se podia elevar una religion llamada cristiana. Pero no tardaron las sectas en traspasar estos límites; cada cual se hizo un cristianismo primitivo á su modo, quitando los artículos de fe que no le convenian. Al fin vinieron los deistas, que declararon atenerse al cristianismo de Jesucristo. Perfectamente. Pero ¿dónde encontraremos este cristianismo? En los Evangelios mismos y en las Epístolas de los apóstoles hay gérmenes de la fe teológica, los primeros elementos de los misterios; hay hasta supersticiones groseras. ¿Cómo distinguir lo que pertenece á Cristo de lo que no le pertenece? Es una obra puramente de conjeturas. En definitiva, se tendrá un cristianismo ficticio, no reconociendo cada cual como doctrina de Cristo más que lo que le conviene y desechando todo lo demas como de sus discípulos.

Otra crítica más seria hay que hacer todavía de esta distincion, bajo el punto de vista del libre pensamiento. Supone que la doctrina de Jesucristo es la verdad absoluta; supone que ninguno de los errores, ninguna de las creencias supersticiosas que abundan en los Evangelios puede atribuírsele. ¿No es esto hacer de él un sér sobrehumano, porque la criatura, por el mero hecho de serlo, puede equivocarse? Los deistas conservaban, pues, sin saberlo, un elemento supersticioso, á pesar de que rechazaban la supersticion. Esta es una inconsecuencia. Desde el momento en que se desecha la idea de una revelacion milagrosa, Cristo no es más que un hombre; por mucho que se le ensalce, no es ni infalible, ni impecable. Por consiguiente, ¿no será una vana tentativa el rebuscar el pensamiento de este hombre, para hacer de él la ley eterna del género humano? En realidad los deistas, lo mismo que los protestantes avanzados de nuestros dias, atribuyen á Cristo los progresos

libro de Tindal en LELAND, *A view of the principal deistical writers* (traducción alemana, t. I, p. 197 y sig.).

que la humanidad ha realizado desde su venida; ponen bajo la autoridad de su nombre creencias que se han formado lentamente en la conciencia humana. Procedamos más francamente. Reconozcamos que en el cristianismo más primitivo hay un elemento sobrenatural, y, por consiguiente, supersticioso. Agradecemos á los deistas el haberlo combatido en algunos puntos: han contribuido poderosamente á perfeccionar la idea religiosa.

III.

Tindal destruye la idea misma de revelacion, tal y como la entienden los ortodoxos. Otros deistas combatieron los fundamentos en que los teólogos apoyan la revelacion, las profecías y los milagros. Insistiremos en otro lugar sobre este aspecto de la guerra que el siglo XVIII hizo al cristianismo tradicional. Por ahora nos limitaremos á manifestar la parte que los deistas tomaron en la lucha. De todas las obras de los libres pensadores, la que tuvo más popularidad fué la de Woolston, sobre los milagros. Escribió seis discursos contra los milagros de Jesucristo; en dos años, de 1727 á 1729, hizo tres ediciones de veinte mil ejemplares cada una. Este éxito prodigioso no puede atribuirse al talento del escritor; el libro no tiene método, ni arte; el estilo es confuso y grosero: si aquel hombre, tan inculto como su estilo, conmovió los espíritus, debemos creer que era el órgano de una opinion, ó si se quiere, de sentimientos instintivos muy difundidos; es el buen sentido, en toda su rudeza, que se subleva contra la teología. En este sentido Woolston es un acontecimiento en la historia de la religion. Aquel enemigo jurado de los milagros es, sin embargo, cristiano; puede creérsele cuando afirma, porque no hay en él un átomo de hipocresía. No comprende que se funde el cristianismo en los milagros; cuando se los examina de cerca, dice, en lugar de acercarnos á Jesucristo nos alejan de él. «En efecto, unos son cuentos ridículos, otros rasgos de locura, otros acciones injustas, otros bufonadas, otros salidas de charlatan, otros encantos mágicos» (1).

(1) WOOLSTON, *Discurso sobre los milagros de Jesucristo*, t. II, p. 30.

¿Cómo, pues, explicar las narraciones milagrosas que abundan en los evangelistas? No deben tomarse al pie de la letra como hechos que realmente han sucedido; son alegorías que se deben interpretar en un sentido espiritual. Ahora se comprenderá el poco respeto que Woolston tiene á los milagros. No es á la religion á quien ataca, ni á Jesucristo, sino á la falsa interpretacion que los teólogos dan al Evangelio.

Jesucristo lanza los demonios que atormentan á los poseidos, los hace entrar en los cuerpos de dos mil cerdos, y éstos se arrojan al agua. ¿Se ha visto alguna vez un cuento más absurdo? ¿Es posible que los poseidos habitasen en los sepulcros? ¿Cómo habia pjaras de cerdos en el país de los judíos, á quienes está prohibido comer su carne? Supongamos que habia cerdos; ¿se concibe que Jesucristo los haya hecho perecer? ¿Con qué derecho? ¿No sería esto un verdadero robo? Si el Corán hubiese atribuido á Mahoma un rasgo semejante, no hubieran dejado los escritores cristianos de calificarle de brujo y de agente del diablo. ¡Y se quiere que semejante acto, propio de un tunante, sea una prueba de la mision divina del Hijo de Dios! Si el Hijo de Dios se propusiera hacer en Inglaterra un milagro semejante, el jurado lo condenaria infaliblemente como ladron. ¿Es el robo digno de una mision divina? (1).

El agua convertida en vino: hé aquí otro milagro que, tomado á la letra, da una singular idea de Jesucristo. En todos tiempos, al celebrar las bodas, han sido permitidas bromas, excesos, licencias, no muy propias de un santo personaje. Por consiguiente, decir que Jesucristo, su madre y sus discípulos asistieron á una boda, ¿no es decir que eran unos borrachos, ó por lo ménos, gentes aficionadas á comer y á beber? San Juan dice expresamente que los convidados se encontraban ya algo animados; y Dios, que acaba de bajar á la tierra, realiza su primer milagro para hacerles beber más! No es seguro que Jesus y su madre estuviesen ebrios como todos los demas; parece, sin embargo, por la familiaridad de la madre con un soldado, que era aficionada á la bebida; parece tambien que su hijo se hallaba un tanto animado, puesto

(1) WOOLSTON, *Discursos*, t. I, p. 46 y sig.

que respondió á su madre en tono ágrío é insolente: «Mujer, ¿qué tengo que ver contigo?» Jesus acabó por acceder á su peticion: llenó de agua diez y ocho cántaros é hizo un ponche (1). ¡Bonito motivo de edificacion!

La resurreccion de tres muertos, por lo ménos, ya es asunto digno del Hijo de Dios. Seguramente tres muertos devueltos á la vida hubieran sido testimonios de su divinidad, que hubieran convertido en un momento el mundo entero. Sin embargo, los judíos no creyeron en ello. ¿No debe esto hacernos desconfiar? Woolston insiste en la resurreccion de Lázaro: «¿Quién la cuenta? Únicamente San Juan; los demas evangelistas la desconocen: ¿se concibe que no la hayan conocido ellos, que fueron los primeros en escribir, miéntras que el Evangelio de San Juan no fué escrito hasta fines del siglo primero, segun la tradicion cristiana? El más importante, el más convincente de los milagros llevados á cabo por Jesucristo es ignorado por los evangelistas, que cuentan los milagros ridículos é indecentes de la boda y de los cerdos!» Woolston entra en los detalles de la narracion de San Juan; su conclusion es que los hechos son tan absurdos, tan imposibles, que si se quiere ver en ellos una historia real, resulta la bribonada, la impostura más insigne que se ha imaginado para engañar al género humano. No, dice, Jesucristo no ha resucitado nunca un muerto. Si hubiera querido llevar á cabo semejante milagro, lo hubiera hecho de manera que convenciese á los más incrédulos: «Hubiera escogido personas de cuya muerte no hubiese sido posible dudar, cuyos cadáveres hubiesen estado bastante tiempo en sus tumbas para haber llegado á un estado manifiesto de putrefaccion; hubiera ejercido su poder divino sobre las personas que se le hubieran designado por los magistrados, los cuales hubieran asistido con todo el pueblo á aquella obra milagrosa.» El mundo hubiera caido á sus piés, si hubiera resucitado á Lázaro con esta publicidad. Como no lo ha hecho, deduce nuestro deista que las resurrecciones contadas por los evangelistas son un emblema de las obras misteriosas que Jesucristo debe realizar algun dia (2).

(1) WOOLSTON, *Discursos*, t. I, p. 31 y sig.

(2) IDEM, *ibid.*, t. II, p. 88 y sig.

Hay una resurreccion que desempeña un papel más importante que la de Lázaro; los ortodoxos están unánimes en declarar que, si Cristo no ha resucitado, no hay cristianismo. Ahora bien; Woolston no duda en decir que esta narracion de los Evangelistas «es la impostura más grósera que ha engañado al género humano.» Hay contra ese suceso imposible una objecion que los primeros adversarios del cristianismo ya han presentado. ¿Por qué, dice Juliano, no ha resucitado Jesucristo en presencia de los pontífices y de los magistrados? ¿Por qué no ha subido al cielo cuando estaba en la cruz? A esta pregunta, repetida por Woolston, dan los ortodoxos la más deplorable respuesta, ¡y es que los incrédulos no hubieran creído á pesar de la evidencia de los hechos! Pero al ménos convenia aquella evidencia para demostrar su mala fe. En lugar de evidencia tenemos una resurreccion tan dudosa como la de Lázaro. ¡Qué digo! La presencia de los ángeles que figuran en la narracion de los Evangelistas prueba por sí sola que toda la historia no es más que una ilusion de la fe crédula ó interesada. Se pretende que las apariciones de Cristo, despues de su resurreccion, son un testimonio irrecusable. Woolston sostiene que son cuentos, y cuentos mal compaginados. Repetimos, habia un medio muy sencillo de confundir á los Judíos y á todos los incrédulos del mundo, que era dejarse ver por los magistrados y los pontífices; reanudar su predicacion hasta que hubiera tenido por conveniente subir al cielo. En fin, el deista inglés insiste en las contradicciones que abundan en los Evangelios. Los ortodoxos las han negado; esto era hacer ver que tenian interes en negarlas; pero el hecho es incontestable y ha sido probado hasta la última evidencia por la crítica moderna, de suerte que la apología se ha vuelto contra los apologistas (1).

IV.

Los protestantes han acabado por no hacer caso de los milagros ni de las profecías, pero se han aferrado por mucho tiempo á la

(1) WOOLSTON, *Discursos*, t. II, p. 169 y sig.

Escritura, su única tabla de salvacion. En este terreno los deistas preludian la crítica moderna y son los precursores de los filósofos franceses. Deistas y filósofos gozan de mala reputacion de ciencia; hanse escrito abultados libros para poner de manifiesto sus errores. Esto no impide que tengan razon; se han equivocado en los detalles, pero en el fondo están conformes con la escuela avanzada del protestantismo. La Escritura ha sido revelada, la ha dictado el Espíritu Santo, decian los protestantes de los siglos XVI y XVII. Pero ¿qué es la Escritura? No es un solo y mismo libro, son obras diversas de diversos autores. ¿Son todas reveladas? La cuestion es importantísima. Si no sabemos de una manera segura lo que es revelado, ¿qué autoridad podremos conceder á la pretendida palabra de Dios? Creeríase que la Iglesia romana debe tener el mérito, de que se envanece, de dar completa certidumbre, con tal que se preste fe á su infalibilidad. ¡Error! Ya ántes que los deistas, los anglicanos habian hecho observar que el *cánon* de los libros santos no habia sido siempre el mismo: la Epístola á los Hebreos, canónica hoy, no lo era en tiempo de San Jerónimo. Esto es positivo. ¡De modo que la Iglesia, una é inmutable, ha variado! Por consiguiente, es imposible saber con certidumbre qué libros son revelados, y esta duda basta para destruir todo el edificio de la revelacion.

Shaftesbury ha tenido el malicioso placer de presentar á los ortodoxos de su tiempo el testimonio de Tillotson (1). Collins, libre pensador más determinado, examina por sí mismo la cuestion del *cánon*; prueba que en el siglo apostólico los libros sagrados de los Judíos eran las únicas escrituras canónicas de los cristianos, que los primeros padres no citan otras con carácter de Sagrada Escritura. Si Jesucristo hubiera querido reemplazar la Escritura de los Judíos con una Escritura nueva, el Antiguo Testamento con uno nuevo, ¿no lo hubiera hecho por sí mismo, ó no hubiera dado este encargo á sus apóstoles? Ahora bien; ni en tiempo de Jesucristo ni de los apóstoles se habla de libros canónicos. Nada más natural cuando se sale del terreno imaginario de la revelacion y se entra en el de la realidad. Jesucristo era judío, y declaró que no venía

(1) SHAFTESBURY, *Characteristics*, t. III, p. 274.

á destruir la ley ni los profetas; no podía, pues, pensar en una nueva Escritura. ¿Cómo se ha formado el Nuevo Testamento? Son escritos de circunstancias, que sus autores daban á luz segun las necesidades de la predicacion evangélica, pero que ellos mismos estaban léjos de atribuir á una inspiracion divina. Collins deduce la consecuencia de que al ménos en el primer siglo no habia libros canónicos considerados como de inspiracion divina, lo cual equivale á decir que el Nuevo Testamento no es una Escritura sagrada en el sentido ortodoxo de la palabra (1). La ciencia moderna está conforme con el deista inglés.

¿Cómo llegaron á ser canónicos unos libros que en el momento de su composicion no eran considerados como revelados? La respuesta á esta pregunta sería una historia curiosa, que por sí sola bastaria para arruinar la revelacion cristiana. Debemos atenernos á los ataques de los deistas. Los fieles imaginan que desde el origen del cristianismo habia un Nuevo Testamento dictado por el Espíritu Santo. Grande es su error. Habia un gran número de Evangelios y toda clase de escritos, que disfrutaban todos de la misma consideracion. Toland se entretuvo en formar un catálogo de ellos, y llegó al número de ochenta libros, todos igualmente sagrados, si quiere darse este nombre á los que se han conservado (2). Unos eran atribuidos á los apóstoles, otros á sus discípulos; algunos eran atribuidos al mismo Jesucristo. Entre ellos habia algunos falsos, verdaderas patrañas; esto no impidió que los Padres de los siglos II y III citasen con profundo respeto libros evidentemente fabricados por los cristianos, segun los iban necesitando, como los famosos libros sibilinos. Abundaban los Apocalipsis: se ha conservado uno, que hoy es venerado como un libro canónico en la Iglesia romana. No siempre ha sucedido lo mismo, dice Bolingbroke; el concilio de Laodicea lo excluyó de los cánones; el concilio de Cartago lo volvió á incluir; ¿á cuál de ellos debemos creer? (3).

(1) COLLINS, *A discours of the ground and reasons of the christian religion*. (London, 1724), p. 73 y sig.

(2) TOLAND, *A catalogue of books, mentioned by the fathers and other ancient conciles as truly or falsely ascribed to Jesus Christus, his apostles and other eminent persons* (Collection of several pieces of Toland, t. I, p. 350).

(3) BOLINGBROKE, *Philosophical works*, t. III, p. 38, 39.

Cuando se ven falsedades veneradas como la palabra de Dios, cuando se ven tonterías y pretendidos apocalipsis que pasan como inspirados por el Espíritu Santo, ¿qué confianza se puede tener en la Escritura? Hay, dicen, libros sagrados admitidos por todas las sectas y que bastan para demostrar las verdades de la religion cristiana. Examinémoslos con los deistas. La Escritura es revelada: ¿quiere esto decir que todo lo que aparece escrito en los libros sagrados sea obra del Espíritu Santo? Cuestion capital tambien para los que buscan la certidumbre en la revelacion. ¿Qué responden los ortodoxos? Hay tantas opiniones como doctores. «Unos, dice Collins, sostienen que no hay un pensamiento, ni una palabra, ni un punto, ni una coma, que no sean inspirados; otros, que los pensamientos son inspirados, pero no las palabras; algunos se contentan con creer inspirados los pensamientos que tienen relacion con los artículos fundamentales de la fe. ¡Qué caos! ¿Cómo salir de este dédalo? Los ménos creyentes han acabado por decir que los libros llamados sagrados han sido escritos por personas honradas, con muy gran cuidado y mucha exactitud, pero sin inspiracion ni en los sentimientos ni en las palabras» (1). ¡Quedamos enterados!

Creemos, para complacer á los ortodoxos, que todo es revelado en los libros sagrados; abrámoslos y aprovechemos su lectura para alcanzar nuestra salvacion. Puesto que el Espíritu Santo se ha tomado el trabajo de dictar, sin duda lo que ha dictado tendrá un grado de claridad, de evidencia, que no se encontrará en los escritos de los hombres. ¡Ah, qué desengaño! Acabo de leer la *Ética* de Aristóteles, dice Tindal; despues he vuelto á leer el *Tratado de los deberes*, de Ciceron. Aquellos paganos no sabian lo que era el Espíritu Santo, vivian en las tinieblas de la filosofia; esto no les impide escribir con una claridad admirable; comprendo todo lo que leo en ellos. En seguida tomo los Evangelios. Dios mismo se ha dignado ser su autor: tengo ante mi vista la verdad absoluta. Pero ¿de qué me sirve? Está revelada en términos tan oscuros, que á cada momento estoy en peligro de entenderla mal, y el error puede llevarme á los más funestos extravíos. Otros más sabios

(1) COLLINS, *La libertad de pensar*, p. 85.